

CARTA ABIERTA A GABRIEL ALBIAC
Juan Pedro García del Campo

(esta "carta abierta" apareció publicada en el periódico digital <http://www.rebellion.org> el 23/abril/2002)

Distinguido señor:

Como usted sabe, ni soy asiduo de los medios de comunicación ni suelo poner por escrito críticas personales sobre la actuación de particulares. Sólo en una ocasión, y a propósito de las barbaridades vertidas por usted acerca de la situación del pueblo palestino, utilicé una metáfora espinoziana para señalar, en una lista de discusión de internet, que el Gabriel Albiac que yo había conocido y con el que había aprendido a leer filosofía, estaba muerto. Decía yo entonces que usted, que se ha apropiado de lo que Gabriel Albiac fuera en otro tiempo (que pasea por el mundo el cuerpo que fuera el suyo), ni está loco ni ha perdido la cabeza; afirmaba que las posiciones que usted mantiene son, antes bien, la consecuencia necesaria de un alineamiento intelectual y político en la derecha más dura y reaccionaria.

Créame si le digo que siento mucho volver a poner en papel unas líneas que le tienen por objeto. Con la que está cayendo, en mi opinión, la prioridad absoluta de la escritura tiene que ser la intervención contra la ofensiva de muerte con la que el capital acomete su reestructuración planetaria: en muchos frentes y, de manera especial, en relación con los territorios ocupados de Palestina. Sin embargo, y siendo ésta la prioridad, es tal el cúmulo de despropósitos que usted vierte en sus escritos precisamente en relación con los "asuntos" en los que esa reestructuración del capital genera las fricciones y quiebras sociales y políticas más visibles, que creo no desperdiciar el tiempo si, en una batalla que es tanto política como teórica, tomo sus afirmaciones como paradigma de la ideología de la obediencia y, frente a ellas, marco distancias. Fui alumno suyo, admirador suyo, y además le consideré, en la lejanía, un amigo. No le escribo, sin embargo, enténdame, como alumno despedido, como seguidor traicionado, ni como amigo ofendido. Me dirijo a usted en su calidad de prestigiado columnista y escritor que, en nombre de un "rigor" autoproclamado, publicita como "radicalismo izquierdista" lo que no es sino tergiversación interesada que, además, se coloca objetiva y subjetivamente al servicio de la (re)producción del más despreciable paradigma del Orden.

En uno de sus últimos libros, citaba usted una frase de Khayati según la cual "la banalidad, por lo que oculta, trabaja para el enemigo". Esa frase, decía usted, le había parecido un grandioso descubrimiento por cuanto confirmaba algo que usted siempre pidió al pensamiento y a la escritura: atenerse al rigor como la primera exigencia. Permítame llamarle la atención sobre algo que, en la fórmula de Khayati, parece haberse escapado. La banalidad trabaja para el enemigo... por lo que oculta. Usted, permítame, oculta, calla, silencia o distorsiona, todos los días y cada vez más, muchas cosas. En ese sentido (al margen de otras consideraciones "menores" sobre sueldos, prebendas o influencias, que no quiero traer al caso: la cuestión no es si le paga un periódico o recibe dinero de alguna embajada, es otra mucho más seria) trabaja usted para el enemigo.

Usted oculta, calla, silencia o distorsiona, digo, muchas cosas. Lo hace a propósito, precisamente, de los asuntos en los que es más sangrante (literalmente sangrante: no hablo de sangre metafísica) la reestructuración del Orden del dominio del capital, tanto en el Estado español como en la totalidad de la relación-mundo; lo hace, además, utilizando el más abyecto de los procedimientos argumentativos (por falaz: la abyección, en esto, como verá, la re-sitúa en el ámbito de lo que usted proclama como virtud propia): contando medias verdades, es decir, contando verdades sólo a medias o, dicho aún de otro modo, faltando a la verdad, mintiendo. Se sitúa usted como ideólogo del enemigo (del mío, por supuesto: no hablo del suyo). Usted "cuenta cuentos" que disfrazan de rigor: lo

suyo no es, pues, “pensamiento” sino “propaganda”. Por no seguir escribiendo en el aire, permítame la referencia a algunos asuntos concretos.

Además de las numerosas dedicadas por usted a glosar lo mucho que le gusta determinado músico, lo bien escrito que está un determinado texto de un no menos determinado siglo (por cierto, que es una curiosa forma de encarar la actualidad para un supuesto escritor “radical”: ¡como si no hubiera asuntos de los que hablar en una columna y sobre los que intervenir con la palabra! Ni la recomposición de las redes del tejido social por las exigencias de la reproducción capitalista, ni las condiciones laborales, ni los crímenes contra la supervivencia del planeta, ni la explotación, ni la propiedad..., son temas suyos. Usted sólo aborda temas candentes y sublimes, ¡importantes, vaya! El resto los calla. Usted los conoce y tiene el medio para hablar de ellos. Pero los silencia: los oculta), hay un nutrido grupo de sus columnas que gira continuamente, de una u otra forma, en torno a los mismos temas.

Son dos las “obsesiones” que parecen asaltarle de manera periódica: por un lado, la red “corrupción-gal-psoe-gonzalez-barrionuevo-estupidez-anguita-monopolio-polanco” (a la que últimamente, coincidiendo con el interés del señor exministro del interior por ocupar el cargo de lehendakari, ha añadido el “cretino-nacionalismo-separatista”), por otro, la línea “carnicerosadam-bestiaasesinafidel-putomoroarafat-intifadaasesina” (en la que acaba de incluir la prolongación “sudrosochimpancechávez”, coincidiendo casualmente con el interés de los gobiernos, la banca y los medios de comunicación “occidentales” por el triunfo de un golpe de estado en Venezuela).

No quiero aquí referirme a otras redes y líneas de las que usted no habla, que silencia, que oculta. No le criticaré, por tanto, por obviar cualquier comentario “osado” sobre el señor Aznar, o sobre el señor Mayor Oreja (ni siquiera le recriminaré sus olvidos sobre el señor Martín Villa, sobre los ínclitos banqueros que tanto, al parecer, benefician a la economía patria, sobre las empresas españolas que esquiman Argentina, o Chile, sobre ese autoproclamado prócer de la libertad de prensa para el que usted trabaja). No le pediré explicaciones por no hablar de Blair, de Bush o de Sharon (ni por hablar como habla de ellos). Me atenderé a los asuntos que tanto, al parecer, le importan. Esos en los que, digo, utiliza usted un procedimiento argumentativo, por falaz, abyecto. Y me atenderé a ellos, en rigor, aunque hacerlo resulte doloroso y aunque pueda también molestar (como verá no escondo la mano) a algunos amigos que preferirían no dar ningún argumento al contrincante. Creo, señor Albiac, que la verdad debe decirse y que sólo partiendo de ella puede ejercerse una auténtica crítica. No niego lo que en sus opiniones pueda haber de cierto: hablo de la abyección, de la utilización sesgada, parcial y acrítica que usted acomete (perpetra), de la tergiversación que produce en el discurso, del posicionamiento que manifiesta.

Utiliza usted medias verdades. Es cierto, totalmente cierto, que los gobiernos del PSOE nadaron sobre un mar en el que la corrupción marcaba las corrientes. Es cierto, totalmente cierto, que esos gobiernos heredaron y utilizaron las formas del estado tardofranquista, que recuperaron y ascendieron a los especialistas en tortura y en represión de la disidencia, que se nutrieron de los “cuadros” del régimen. Es cierto también que en ese contexto cuajó una específica forma de hacer las cosas en la que encuentran su articulación el GAL y la connivencia con un determinado imperio mediático. Pero es radicalmente falso que esa formación política que, por entendernos, llamaré “régimen felipista” tenga que ser explicada como continuidad con el régimen franquista y, sobre todo, es falso que con él éste se agote. Esa forma de gobernar y de articular el mando se produce con ligeras variantes en la totalidad del ámbito “occidental” de la relación-mundo; es una opción del sistema, forma parte de la estrategia capitalista de control de la disidencia y de la vida: es el correlato “civilizador” de la ofensiva neoliberal desplegada desde la década de los 80. Eso usted lo oculta: lo presenta como “caso singular” (sus referencias históricas a Carlos Andrés Pérez o al PRI simplemente distorsionan más el asunto) y, por eso, lo da por cerrado cuando se cierra el período “felipista”. Así, las posteriores manifestaciones de lo mismo, son saludadas por usted como suceso gozoso: la competencia entre dos proyectos de control mediático, la presenta como lucha entre la libertad y el monopolio. Así también, la sucesión de un gestor del capital por otro, de un gobierno por otro, la saluda usted como advenimiento de la modernidad frente a un anticuado cutrerío.

Utiliza usted medias verdades. Es cierto, totalmente cierto, que la posición de Izquierda Unida (cuya cabeza visible representó Anguita hasta hace unos años) es, tanto por sus disfunciones organizativas y sus pugnas internas por el poder como por la explícita apuesta que realizó hace tiempo por la mediación institucional frente a la movilización social, cultural y política de la disidencia, particularmente inútil como instrumento de cambio. Pero es radicalmente falso que eso deba ser explicado (y es así como usted lo explica) como consecuencia de un pretendido afán mesiánico por parte de alguno de sus dirigentes. Lo que permite explicar la inutilidad de IU no es ningún tipo de sueño de grandeza sino la forma "socialdemócrata" que ha adoptado como paradigma de actuación política y de bloqueo de la resistencia real al dominio. Eso usted lo oculta: reduce la cuestión al "periodístico" juego de las personalidades y, por eso, sólo puede (sólo quiere) criticar el gesto pretencioso.

Utiliza usted medias verdades. Es cierto, radicalmente cierto, que el nacionalismo es una de las más monstruosas formas de sometimiento a una identidad construida sobre un imaginario castrante. Pero cuanto usted lo dice "olvida" añadir que tan nacionalismo es el nacionalismo vasco como el nacionalismo español, tan estúpido el uno como el otro; "olvida" usted decir que el nacionalismo vasco (o el catalán o el gallego, o la mayor parte de los nacionalismos que se despliegan sin Estado o contra el estado-de-cosas) integra un componente de enfrentamiento al Orden de lo establecido que, precisamente, le(s) diferencia del nacionalismo construido sobre el horizonte de un aparato estatal de dominio ya constituido. Eso usted lo oculta: reduce la "cuestión vasca", al más rancio estilo español, a la categoría de guerra contra el nacionalismo bárbaro. Eso explica, quizá, que no se le haya a usted ocurrido levantar la voz contra esa ley que redacta el actual gobierno español para (así lo dicen explícitamente sus ministros) ilegalizar un partido legalmente constituido. Contra la "barbarie nacionalista", a usted no parecen molestarle demasiado las leyes "ad hoc", esa aberración que tanto nos acerca, me parece evidente, a la pendiente fascista.

Usted silencia (oculta), periodista de pro, las claves que permitirían a los lectores de sus columnas, quizá, mirar y entender los sucesos políticos de un modo diferente al que construyen los ingenieros de imagen del pensar sometido, de la ideología de la obediencia. A cambio, usted participa de su mismo horizonte de sentido. Quizá sea reconfortante. En todo caso es una apuesta en la elección de amigos y enemigos.

Sin duda desde esa apuesta, usted, que en otro tiempo parecía (aunque quizá fuera un espejismo, o algo peor: un mecanismo para medrar en el marco de las estructuras de la vedettización) realizar análisis anclados en el rigor explicativo más estrictamente materialista, que desde esos análisis había llegado a afirmar que "todo Estado es, por definición, monstruoso" y que, como metáfora para indicar la pleonástica barbaridad de la represión innecesaria había afirmado que "siempre habrá un Barrionuevo", ahora critica al PNV por atreverse a hablar de tu a tu el Estado español o proclama la bondad defensiva de los asesinatos de palestinos perpetrados por las fuerzas armadas del Estado de Israel (al que usted defiende como encarnación del "Estado garantista").

De la crítica del GAL como pleonasma abyecto a la interiorización del "argumento-GAL" para la defensa del Estado: ese es su recorrido. Pero ni siquiera quiero aquí criticárselo; únicamente lo constato. Como le decía, usted sabrá dónde está su sitio. Quiero sólo devolverle la exigencia de rigor, ese que tanto pide y que tanto le falta.

Porque el mismo procedimiento falaz que utiliza para referirse a las cuestiones de la "política nacional", para ocultar la naturaleza sistémica del mando capitalista y para sustituir, así, la crítica por la banalidad, lo usa también para construir las diatribas "ad hominem" con las que disfraza su defensa del Nuevo Orden del Mercado. Usted no habla de Irak, sino de Sadam Hussein. No habla de Cuba, sino de Castro. No habla de Palestina, sino de Arafat. No habla de Venezuela, sino de Chávez. No habla de relaciones de propiedad o de poder, sino de la maldad intrínseca de personajes en cuya bajeza moral usted supone encarnadas las fuerzas de la historia. Usted, que se proclama analista riguroso, presenta las cosas al más vulgar estilo del biógrafo de reyes y, al así hacerlo, cuenta cuentos que ocultan la verdad, que (le) permiten justificar la bondad de actuaciones que sólo tienen por objeto garantizar la explotación y el mando.

Utiliza usted medias verdades. Es cierto que el régimen iraquí ha organizado (como otros regímenes de la zona, incluyendo a algunos “aliados” de la OTAN de los que usted no habla) el genocidio del pueblo kurdo. Es cierto que, disfrazándolo como “defensa de la revolución”, ha ejercido una sistemática persecución de los intelectuales y activistas de izquierda, que los ha encarcelado, torturado y asesinado. Es cierto que ha organizado el poder como una forma de dictadura personal-militar en la que las “garantías legales” brillan por su ausencia. Pero también es cierto que hay otros componentes importantísimos de la revolución iraquí de los que usted no habla, que oculta de manera interesada. La nacionalización de los recursos energéticos ha cortocircuitado en buena medida los mecanismos con los que se organizaba la economía-mundo capitalista y, aunque buena parte de los beneficios del petróleo son utilizados por el régimen para mantener su dominio sobre la población, una parte nada despreciable de los mismos se ha redistribuido y ha servido para mejorar las condiciones de vida de la población hasta niveles nunca antes conocidos en la zona (y nunca después: en ninguna de las “occidentales” monarquías del petróleo se distribuye la riqueza ¿necesita usted ejemplos?). Los iraquíes (los que no han sido asesinados, es cierto), han tenido, hasta la guerra del golfo, sistemas educativos, de salud, de bienestar general (vivienda, ocio, etc.), altamente efectivos ¡por primera vez en la historia! Eso para usted no es importante. Lo oculta, lo calla. El régimen de Irak es un régimen asesino (asesino de comunistas no en último término), es cierto. Pero los elementos redistributivos de la revolución iraquí no sólo deben ser conservados sino ampliados. Sin embargo, como para usted eso no es importante (mera anécdota al parecer), lo elimina usted del análisis y se convierte en propagandista de una guerra (aún no cerrada) que tiene por objeto terminar con la revolución y re-privatizar o controlar los ritmos de extracción y venta del petróleo, pero que no tiene ningún interés ni por los kurdos, ni por la democracia, ni por la vida de los disidentes comunistas. Para usted, el objetivo es acabar con Sadam. Sólo ese. Y cuando a este respecto se ha atrevido a criticar a los USA ha sido sólo por no rematar la faena. Su crítica se convierte en propaganda. Su rigor en banalidad, en justificación del retorno al Orden. Ninguna queja por los bombardeos a la población civil. Ninguna lágrima por la muerte.

Utiliza usted medias verdades. Es cierto que la revolución cubana dejó de ser, hace bastantes años, un experimento de “poder popular”. Es cierto, aunque no se quiera ver, que las modificaciones constitucionales y legales producidas en Cuba en las últimas décadas (y no sólo en los últimos años) han transformado lo que fuera un proyecto de “socialismo” en un remedo de lo peor del capitalismo. Es cierto que los sucesivos gobiernos cubanos no han sido capaces de garantizar una producción suficiente para satisfacer las necesidades de la población, que su actuación ha ido sustituyendo la potencia creadora de los “órganos del poder popular” por fórmulas cada vez más burocratizadas, formales e inútiles. Es cierto que la economía cubana gira desde hace muchos años y cada vez más claramente hacia la reintroducción de la propiedad privada. Es cierto que el dogmatismo y la represión son formas de actuación cada vez más comunes en Cuba. Es cierto que en Cuba se ha reprimido la homosexualidad, que se ha encerrado a enfermos de SIDA. Es cierto que el gobierno cubano es responsable de la tortura y la muerte (del asesinato) de disidentes comunistas (y no sólo de “gusanos” partidarios del retorno a la situación pre-revolucionaria). Es cierto que la revolución cubana, en tanto que revolución, hace tiempo que ha muerto. Es cierto también que tras la apariencia del mantenimiento de las formas organizativas del proceso revolucionario, en torno a la figura de los Castro se ha construido una articulación del poder, una forma de dominio de-sobre lo social, que tiene más que ver con la dictadura personal que con la revolución o con el socialismo. Pero es cierto también que no es eso lo que usted critica. Verá usted: la revolución cubana ha muerto. Sin embargo, esa revolución fue uno de los más hermosos procesos económicos, sociales y políticos que vio el segundo cuarto del siglo XX. Un pequeño grupo de revolucionarios encontró la manera de entroncar con las aspiraciones de un pueblo sometido a un dictador que gobernaba al servicio de los intereses privados de algunos capitalistas autóctonos y del capitalismo estadounidense. La sociedad cubana, así revolucionada, se dotó de estructuras de poder, los “órganos del poder popular”, que constituyen, junto con los soviets y los consejos obreros, una de las pocas experiencias de poder directo, de democracia, que ha conocido la humanidad. Esa misma sociedad supo trabajar hasta la extenuación para conseguir la independencia frente a los circuitos de distribución capitalista, para terminar con la discriminación racial, para terminar con el analfabetismo, para conseguir viviendas dignas para todos, para garantizar la salud, la asistencia sanitaria universal, para ser avanzada en la investigación contra la enfermedad y la muerte. Esa sociedad cubana supo hacer frente a intentos de invasión y, en tiempos muy duros, supo hacer

frente a los intereses del capitalismo y, además, convertirse en ejemplo de dignidad en la pobreza. Verá usted: la revolución cubana, ciertamente, ha muerto. Sin embargo, y a pesar de ello, pese a que el pueblo cubano (ese al que usted sólo puede pensar como panda de borregos) es perfectamente consciente de la situación en que se encuentra, pese a que es perfectamente consciente del giro económico y político que les ha ido alejando del proyecto revolucionario, a pesar de la escasez, a pesar del hambre, a pesar del mismo Castro, seguiría dando su vida por no someterse a los intereses de los USA. El pueblo cubano, tomado en su conjunto o individualmente, es más digno de lo que usted haya podido soñar nunca. Pero todo eso usted lo silencia, lo calla, lo oculta. Porque para usted lo único que está en juego en Cuba es que Fidel Castro se cree Dios, que se cree un orador inigualable, que es un patético vejete y que su uniforme es impresentable. Por eso su crítica a Cuba, en lugar de plantear el lugar del problema y contribuir a la búsqueda de soluciones “para la revolución”, se limita a clamar por el derrocamiento. Nada nos ha dicho sobre lo que le hubiera parecido el mantenimiento de Batista en el poder. Nada sobre la resistencia (permítame: ¡gloriosa!) de la población cubana frente a la continua amenaza de la invasión. Nada sobre las articulaciones de un poder popular que pudiera recuperar la alegría de la creatividad revolucionaria. Para usted todo se reduce a terminar con Castro. Exactamente igual que para los “gusanos” de Miami. Exactamente igual que para los empresarios privados o para los inversores en Bolsa. La sociedad cubana, los sueños de justicia, los avances médicos, educativos, el acceso a la vivienda, la dignidad, la revolución, a usted, permítame, le importan un bledo. Sobre todo eso, parece que tuvo usted bastante con pasearse por París ¿en el 69?

Usted utiliza medias verdades. Es cierto que Arafat es, por su actuación, responsable de buena parte de las miserias en las que se encuentra el pueblo palestino. Más aún: si usted tuviera a bien (aunque sólo fuera por variar) hablar en serio con algún palestino, se encontraría con que prácticamente todos reconocen en él a un gobernante de la derecha, más atento a aumentar su poder y a construirse un prestigio de estadista que a solucionar alguno de los acuciantes problemas (sanitarios, educativos...) de los palestinos. Es cierto que Arafat ha maniobrado para terminar con los movimientos izquierdistas en el ámbito de las organizaciones palestinas. Es cierto que ha establecido pactos estratégicos con regímenes dictatoriales de la zona y que, con su actuación sectaria, ha favorecido el acercamiento de otros grupos palestinos a la influencia de otros Estados árabes. Es cierto que esos mismos Estados árabes de la zona han actuado en las últimas décadas en beneficio de sí mismos y se han convertido, de facto, en auténticos enemigos de la causa palestina, organizando incluso asesinatos políticos, luchas de fracciones y verdaderas masacres. Es cierto que la organización interna de la OLP y de la Autoridad Nacional Palestina tiene un serio déficit de democracia interna. Es igualmente cierto que, internamente, el Estado de Israel es formalmente garantista. Es cierto también que algunos combatientes palestinos se organizan en torno a grupos integristas, que se creen instrumentos de Dios y que organizan atentados contra población civil. Todo eso es cierto. Pero no es menos cierto que el pueblo palestino (no hablo de Arafat, señor Albiac: el pueblo palestino) fue expulsado de sus tierras y de sus hogares en el año 48, y que en esas tierras se constituyó un Estado, el Estado de Israel, cuya razón articuladora (cuyo nexos social) es, ni más ni menos, el principio articulador de todos los integristas, la pertenencia a una religión (pregunte usted a sus amigos israelíes porqué los sábados sólo hay transportes públicos donde ya los había antes del 48, porqué no está permitido en Israel el matrimonio civil, porqué aún no ha sido posible redactar, pese a los intentos habidos, una constitución laica que, dando coherencia a las “leyes fundamentales del Estado”, sustituya al texto sagrado en su calidad de ley suprema). Es también cierto, además, que ese Estado de Israel ocupa militarmente (desde... ¿se acuerda usted de la fecha?) unos territorios habitados por palestinos (muchos de ellos refugiados desde el 48 y hacina-dos en campamentos donde no hay ningún tipo de servicios), que ha establecido “asentamientos” en esos territorios (que, sin embargo, no reconoce como territorios propios para no verse obligado a reconocer la nacionalidad israelí a sus habitantes), que ha cercenado sistemáticamente cualquier posibilidad de desarrollo económico en la zona, que no ha respetado las posesiones y los usos, que incluso (en lo que al parecer, según usted, habría que tomar como ejemplo de “garantismo”) ha tomado represalias sobre esa población utilizando bombardeos y asesinatos más o menos selectivos, organizados y ejecutados por el propio ejército ocupante, cada vez que se ha producido algún ataque o atentado en suelo de Israel (exageremos: ¿se imagina usted un bombardeo a un pueblo vasco cuando se produce un atentado de ETA en Madrid?). Todo eso usted lo silencia, lo calla, lo oculta..., y por eso presenta las insurrecciones populares (¡pero cómo no va a haberlas!) como maquinaciones

urdidadas por... Arafat. Para usted, si los niños tiran piedras a los tanques... es porque Arafat el perverso les ha enviado; si los soldados del ejército ocupante disparan y matan a jóvenes adolescentes... es porque Arafat ha ordenado utilizar niños como escudos humanos; si una cámara toma las imágenes de la muerte de un chaval en brazos de su padre cuando dispara el ejército ocupante... Arafat ha urdido una trama, ordenando matar y fotografiar, para usar como propaganda. Como Arafat es, para usted, el único problema, él es el culpable de todo. Si unos aviones se estrellan en New York, hay que matar a Arafat (y de paso a unos cuantos cientos de "terroristas palestinos"). Si un pueblo hartado de ocupación resiste a la ofensiva del ejército ocupante, hay que acabar con Arafat, el jefe de los terroristas, porque, el muy perverso, desde su incomunicado encierro, ¡se niega a poner fin a la resistencia! Si un soldado ocupante tortura y mata, es en legítima defensa. Si se impide a las ambulancias atender a los heridos, es porque en ellas se esconden los terroristas. Si se bombardea con misiles una casa o un pueblo, habrá que pensar que se trata de un acto humanitario: las bombas inteligentes permiten "minimizar los daños". ¡El rigor de sus deducciones no deja de sorprenderme! Tampoco deja de sorprenderme (pero ese es otro tema) su impavidez ante la sangre y la muerte. Su rigor se me antoja, permitame, trasunto del "rigor mortis" (ajeno).

Utiliza usted medias verdades. Es cierto que Chávez, el presidente de Venezuela, es un antiguo oficial golpista. Es cierto que, desde que ha llegado al poder, lo ejerce de forma demagógica, populista. Es cierto también que, pese al apoyo que le han manifestado y le manifiestan buen número de organizaciones obreras (no en vano cimentó su campaña electoral en la lucha contra la oligarquía), todo parece indicar que está construyendo una nueva forma de oligarquía, en todo caso bastante lejana del "poder popular" que sus seguidores tienen en la cabeza. Es cierto que el fenómeno-Chávez tiene poco que ver, salvo en los aditamentos con los que se adorna, con una "revolución popular", y que es un síntoma de la pobreza de los proyectos y de las propuestas de la izquierda el tomarlos por tales sin mayor análisis. Sin embargo, también es cierto que la dirección que ha dado a las políticas sociales tiende (siquiera sea inicialmente) a la redistribución, que con ellas se ha enfrentado a los intereses de las patronales venezolanas atentas sólo a la consecución de beneficios privados (tanto que han mantenido en la pobreza absoluta a la población de uno de los países más ricos en recursos energéticos), que se ha opuesto a los intereses de las grandes compañías, de los grandes bancos, del Orden mercantil reinante, que lo ha hecho (y no digo que eso sea "de izquierdas") en beneficio de la economía nacional, esto es, poniendo los intereses de la entidad nacional por encima de los intereses privados, y que por ello se ha organizado contra él un golpe de Estado. Todo eso usted lo calla, lo silencia. Todo eso lo oculta. Y por eso no dice nada cuando se produce el golpe (usted que clamó contra la quiebra del Estado de derecho que supusieron algunas de las últimas actuaciones del PSOE) y reacciona utilizando la más fanática demagogia racista y llamando chimpancé al gobernante legítimo que recupera la legalidad. Para usted el "rigor" consiste en insultar al maligno ¿para cuándo y para dónde deja el análisis serio de la situación venezolana, el análisis que permitiría no sólo desenmascarar los intereses ocultos en el golpe sino también desentrañar el sentido auténtico de las políticas desarrolladas en Venezuela por Chávez y su gobierno? ¿Para cuándo y para dónde deja el pensamiento?

Utiliza usted medias verdades. Falta a la verdad. Miente. Y disfrazo la mentira, el argumento falaz, abyecto, como rigor del pensamiento. Usted no habla: insulta. Usted no critica: juega. La pugna política, para usted, es el sublime juego de la modernidad contra el maligno. Pero no se equivoque. Su fabulación no es paranoia. Es argumentación falaz al servicio del Orden, al servicio del gobierno (no hablo de la nación sino de la relación-mundo). Usted no analiza: hace propaganda. Propaganda de la sumisión y de la indignidad. Propaganda de la muerte.

Llegados a este punto, y en el supuesto de que se haya dignado leer las páginas que anteceden, quizá se preguntará usted para qué le dirijo una "carta abierta", por qué no lanzo más bien una denuncia pública o escribo simplemente un artículo en su contra. Le diré que si he elegido el género epistolar es porque, además de explicitar públicamente los motivos por los que le considero un agente del Orden, quiero pedirle algo. También públicamente. Como comprenderá, ni puedo ni quiero pedirle que deje de escribir. Tampoco que cambie el contenido o la orientación de sus escritos. No le pido ningún tipo de "arrepentimiento". Usted verá cómo sirve mejor a su patrón o a sus intereses. Usted

verá en qué lugar se posiciona. Mi petición (mi exigencia) es mucho más simple y también más modesta, pero para mí, que no espero ya de usted ninguna otra cosa, es importante porque sólo si accede a ella me sería posible mantener hacia usted un mínimo respeto: el respeto que debe tenerse por el enemigo que, pese a serlo, lo es honestamente. Le exijo, en nombre del rigor (político y teórico) que usted niega en quienes le critican, dos cosas: la primera, que no utilice ni permita que se utilice más la "autoridad" de su supuesto pasado comunista o radical como argumento "pro hominem" para justificar las posiciones que mantiene; la segunda, que deje de manchar el nombre de Lucrecio para firmarlas.